

por algún tiempo, hasta que la pérdida de consideración de los enemigos, los precisa a retroceder.

Hubo en aquella acción rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del joven don Eligio Villamar, oficial del regimiento de «Bravos», quien, desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permaneció allí, expuesto al fuego de los enemigos, alentando a sus soldados. Su arrojo fué tanto más notable, cuanto que dedicado antes exclusivamente a sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla. En competencia con este joven, se veía a Núñez, Ricardo, Félix y Pablo, presentándose en los sitios donde mayor era el peligro y donde mil veces estuvieron a riesgo de perder la vida.

Como acabamos de ver, la división norte-americana del general Twiggs, que había dado el primer ataque, acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente llegaban en su auxilio, no sólo proporcionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar a que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan: multiplican su esfuerzo para rechazar al enemigo, y su fuego certero aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situación de esos forzados combatientes es ya bastante crítica; su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacada por la división del general Worth, que avanza sobre las tropas, en retirada, de San Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones empiezan a escasear, y se prevé el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

«Para apreciar en todo su valor la heroica defensa de Churubusco, preciso es decir que toda la fuerza que componía su guarnición, se reducía a cosa de seiscientos cincuenta nacionales indispensables para combatir.

»Pero el valor lo suplía todo, y aquel puñado de intrépidos mexicanos, entre los cuales figuraban los nombres del literato don Manuel Gorostiza, del activo licenciado Revilla, Peñúñuri, Martínez de Castro, el general Anaya, el general Rincón, Núñez, Ricardo, Villamar, y otros ciento, detuvieron y rechazaron por tres veces al ejército invasor, que jamás creyó encontrar resistencia tan tenaz y desesperada. Viendo que las pocas municiones que aun quedaban, apenas bastarían para resistir algunos pocos mo-

mentos más, el general Rincón envió a pedir, con un ayudante, las que juzgó necesarias para hacer fructuosa la defensa. El general Santa-Anna se apresuró entonces a enviarlas, custodiadas por unos piquetes de Tlalpa y Lagos, y la compañía de San Patricio.

»Pero las balas de los cartuchos, resultaron de diez y nueve adarmes, para fusiles que no tenían este calibre; así es que la desesperación de los soldados llegó a su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron a los cajones de municiones, y despedazándolos, llevaban los cartuchos al cañón que, desgraciadamente era muy estrecho para contenerlos.

»Algunos han creído poder hacer fuertes cargos al general Santa-Anna, por esa fatal desgracia; pero, en mi concepto, no hay razón para ello. El general en jefe no hizo sino lo que debe hacer todo general en jefe, esto es; dió orden de que se enviasen las municiones necesarias, pero no podía ocuparse él mismo de cosas tan minuciosas como la de ir a revisar el calibre de las balas.

»En los momentos más empeñados de la lucha, y cuando su éxito, por la circunstancia expuesta, parecía próximo a decidirse en favor de los invasores, el general Anaya subió a la explanada a caballo, mandó cargar una pieza con metralla, y apartándose luego, dirigió personalmente la puntería. Las chispas del bota-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron las municiones, abrasando a cuatro o cinco artilleros, al capitán Oleary, que la servía, y al mismo general Anaya. Todos aquéllos quedaron fuera de combate, menos el general, quien, a pesar de haber permanecido ciego por algún tiempo, no abandonó el campo de batalla. A medida que la situación de los mexicanos era más comprometida, crecía el ardor y el entusiasmo.»

Núñez, viendo abandonada una pieza por haber muerto todos los artilleros, la sirve, ayudado de sus inseparables amigos. Tres horas y media había durado ya la acción, sin que los repetidos esfuerzos de los norte-americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de las tropas mexicanas no decae: antes al contrario, a cada momento se sienten los soldados más deseosos de prolongar el combate. Por desgracia, las municiones estaban ya casi completamente agotadas. El fuego, por esta causa, empieza a cesar por parte de los defensores, a proporción que las municiones escasean más y más; acábanse, por fin, y de aquel convento, que arrojaba poco antes la muerte por



todas partes, no sale entonces ni un sólo tiro como si ninguno de los defensores hubiera quedado en pie. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe a qué atribuir, y temeroso de que sea alguna estratagemata de guerra, tarda algunos minutos en decidirse a avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Los mexicanos, por su parte, llenos de desesperación, descansaban ya en su mayor parte, sobre sus armas descompuertas, y ardientes como el fuego vivo que habían despedido. Los generales Rincón y Anaya, agobiados también de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara en el interior del convento a esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecía perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperación, y su denuedo añadió nuevas víctimas a las que ya había costado aquella memorable defensa.

El intrépido Peñúñuri se dispone a cargar a la bayoneta contra el enemigo, a la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo, pero apenas han avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala le hiere de muerte. También el patriota capitán de cazadores, don Luis Martínez de Castro, recibía otra herida mortal al pretender abrirse paso por entre los enemigos, que, por último, se habían resuelto a avanzar. El primero que se presentó sobre el parapeto fué el capitán Smith, del tercero de línea. Núñez, conociendo que caer prisionero era renunciar a la esperanza de salvar a Adela del poder de Willey, se resolvió a abrirse paso o a morir intentándolo. Dispuesto a ello, montó sobre su brioso corcel, comunicó su intento a Ricardo, Félix y Pablo, y de acuerdo con él, los tres se arrojaron con ímpetu sobre los que cercaban la retirada por la calzada de México. Al inesperado choque, los norte-americanos se hicieron a un lado, y nuestros valientes se dirigían hacia México, en los instantes mismos en que sus compañeros de armas hacían capitulación honrosa en Churubusco.

Con tanto denuedo se portaron los valientes batallones de «Independencia» y «Bravos», que defendieron el Puente y el convento de Churubusco, que el general norte-americano, Twiggs, saludando afablemente a los generales y oficialidad mexicana, arengó a los invasores, ensalzando el valor digno de imitación que habían desplegado los que, agotados todos los recursos de defensa, capitulaban.

Un momento después, el pabellón de las estrellas fla-

meaba en el convento de Churubusco, y los que tan heroicamente habían defendido aquel punto eran tratados por los vencedores con las pruebas de aprecio, respeto y deferencia debidos al valor y el amor a la patria.

Núñez y sus compañeros dejaron escapar una exclamación de dolor y de desesperación a la vista de la bandera enemiga, y una lágrima se asomó a sus ojos.

—¿Y Leopoldo? ¿Qué será de Leopoldo?—exclamó Núñez conmovido profundamente por las desgracias de aquel día.

—Sin duda ha sucumbido —contestó Ricardo—. De lo contrario, le hubiéramos visto acudir al sitio del peligro.

—Como todos estábamos rodeados de soldados de caballería enemiga cuando salimos al encuentro del doctor —dijo don Félix—, no pude ver lo que a él le acontecía; pero, en mi concepto, debió caer prisionero, por ser el que más atrás se encontraba.

—¡Dichoso él si ha perecido —exclamó Núñez—, pues no ha tenido el dolor de presenciar las desgracias de la patria y desdichada la hermosa Clotilde, que cifra en él toda su felicidad!

—¡Oh!, no demos entrada a la idea peor.

—Sí —añadió Núñez—; Willey estaba sediento de la sangre de Leopoldo, como está de la mía, y mucho temo que haya conseguido verterla.

—Como temo que haya vertido la de don Juan y la de Rafael en Cerro Gordo—dijo Pablo.

—¿Estará dispuesto —exclamó Núñez—, que ese hombre que nos arrebató a todos la dicha, llegue a acabar con la existencia de aquéllos a quienes ha otendido?

—¡Oh!, su vida es la que va a terminar bajo el rudo peso de nuestras espadas —dijo Ricardo—; y el primer golpe que ha de sufrir esta noche, es la desaparición de Adela, a quien debemos salvar mientras el enemigo está embriagado con el placer del triunfo.

—Sí; es verdad —exclamó Núñez brillando en sus ojos la alegría—. Pero ¿cómo dar con el sitio en que se halla la litera?

—Yo me encargo de eso —dijo Pablo—; el punto donde debe dirigirse el convoy, es San Angel; y yo parto para volver a dar a ustedes las señas del sitio en que se halla la litera, y aun haré lo posible por hablar con la señorita Adela.

—¡Oh!, eso sería para mí una felicidad imponderable.



—Pues casi estoy seguro de conseguirlo.

—¿Cómo?

—Yo tengo aquí mi plan.

—Bueno.

—De manera, que si su merced quiere escribir con lápiz cuatro palabras, veré cómo consigo entregarle el papelito que su merced me dé.

—Sí, sí; en el instante.

Y Núñez sacó su cartera, escribió en una hoja, arrancó luego ésta, y entregándosela a Pablo, le dijo:

—Haga usted todo lo posible para que llegue este papel a sus manos, así como este lápiz, por si pudiera contestarme.

—Le prometo a usted que todo lo recibirá.

—Bien —exclamó Núñez—. Parta usted en el momento, y para que la noticia no se retarde, nosotros tomaremos el mismo camino que usted debe traer al volver.

—¿A qué hora?

—En cuanto la oscuridad haga que las partidas de invasores se retiren del campo.

—Corriente.

Y Pablo, seguro de no ser molestado, pues su traje de campesino le ponía a cubierto de toda sospecha para con los invasores, partió al galope con dirección a San Angel. Núñez, Ricardo y Félix, torciendo por una vereda, se dirigían hacia un grupo de árboles para esperar allí, ocultos, hasta el anochecer, el instante en que se retirasen los norteamericanos y poder marchar hacia San Angel. La memoria de Leopoldo, cuya suerte ignoraban, preocupaba a aquellos leales amigos. La tarde estaba envuelta en una media luz opaca y cenicienta. El sol caminaba hacia Occidente, triste y melancólico, como si participase de las desgracias de los valientes hijos de México. Poco después, las sombras de la noche tendían su negro velo sobre la tierra, empapada en sangre. Gruesos nubarrones empañaban la bóveda del cielo, y la luz del relámpago anunciaba un próximo aguacero.

Núñez y sus amigos, preocupados con la memoria de Leopoldo y con la idea de salvar a Adela, esperaban hacia mucho tiempo en el grupo de árboles a que se habían dirigido, el momento en que no recorriese el campo ninguna partida de invasores. De repente, los negros nubarrones que encapotaban el cielo, dejaron caer de su centro un recio y espantoso aguacero, que amenazaba una inundación. Entonces todo quedó solitario.

Núñez, Ricardo y Félix, al notar que el enemigo se había

alejado, se pusieron en marcha. Los desgraciados heridos, abandonados en el campo de batalla, sin poderse mover y sin mirar a su derredor ni una humilde choza a donde poder acercarse arrastrándose, esperaban la muerte en medio de la más terrible desesperación.

¿Y Leopoldo? Leopoldo también se encontraba herido, sin auxilio humano, tendido dentro de una zanja, sin poder incorporarse, porque el cuerpo de su caballo, que había caído sobre él, le impedía todo movimiento. La sangre manaba en abundancia de su cabeza, herida por un sablazo. Solo, sin escuchar otra voz que la desgarradora de los míseros moribundos, ignoraba la suerte de Núñez y de sus amigos, pensando en su adorada Clotilde, a quien debía unirse dentro de breves días, sin esperanza de que alguien acudiese en su auxilio, sintiendo correr por debajo de su desfallecido cuerpo el agua que a torrentes descendía del cielo. Leopoldo esperaba el último instante de su vida, triste y conmovido. La memoria de su anciana madre, a quien contemplaba llorosa y afligida por su suerte, aumentaba la amargura de su angustiado corazón. La sangre que manaba de su profunda herida, iba debilitando poco a poco su naturaleza; su vista se nublaba por grados, como velada por la sombra de la muerte, y sus miembros desfallecían. Así habían transcurrido muchas horas. De repente, se escuchó el galope de un caballo, que se aproximaba por el camino. Leopoldo concibió una esperanza de ser socorrido, y aguardó impaciente a que estuviese cerca. A poco, el corcel, montado por un hombre sin insignia alguna militar, y vestido al estilo de la gente del campo, llegó a la orilla de la zanja en que él se hallaba. El joven artista quiso gritar pidiendo socorro; pero la voz fué a expirar en sus blancos labios, débil y sin ser oída. El jinete pasó con dirección a México, sin escuchar su acento.

Leopoldo vió desvanecerse aquella rápida esperanza..., sintió que sus ojos se cerraban..., exhaló un suspiro, y pronunciando con moribunda voz los nombres de Clotilde y de su amante madre..., de aquellos dos seres que eran todo su amor y todas sus delicias..., de aquellos dos seres que no podrían sobrevivir a su muerte, pidió a Dios interiormente por ellos, dejó escapar una exclamación de dolor, y quedó sin sentido. El viento que azotaba contra las hojas de los árboles, contestó a aquel desgarrador acento, y todo quedó después en sepulcral silencio.